

Desahuciadas. Pobreza y lucro en la ciudad del siglo XXI

María Auxiliadora León Molina¹

Una bala no tiene ojos y no ve, pero liquida con la certeza de que quien la expulsó sabía que su objetivo fue bien fijado. Esta metáfora se presenta en un modo ampliamente social en el texto “Desahuciadas. Pobreza y lucro en la ciudad del siglo XXI” escrito por Matthew Desmond, quien registra cómo son atingidas las personas que viven en circunstancias de pobreza en Milwaukee, EE.UU. y tienen una munición que toca a su puerta cada mes: el pago del alquiler que no podrán cubrir.

El enfoque del autor sobre las necesidades económicas y humanas tiene una vital particularidad. Pone el foco en el espacio y no en cualquiera, sino en aquel que permite preparar alimentos, descansar, tener un lugar de acogida. Aquel al que se le llama hogar y del que depende la salud emocional de las personas, pero sobre el que poco se indaga como método de presión, extorsión e incluso riqueza.

El texto de este profesor de Sociología e investigador de la Universidad de Harvard se convierte en un retrato hablado de quienes viven con una amenaza de desahucio permanente y de las instituciones y personas que los condicionan a mantenerse en lo más bajo del nivel de desigualdad en Estados Unidos.

Desmond desde la primera parte involucra en su análisis social a los dos grandes protagonistas de su trabajo de campo: los que lucran con

¹ Doutora em Antropologia Social e Cultural pela Universidade de Coimbra - Portugal; Mestre em Jornalismo pela Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires - Argentina. Professora de Comunicação Social e Jornalismo na Universidad Católica de Santiago de Guayaquil e Universidad Casa Grande. Email: mariuxi.leon@gmail.com.

la pobreza y los que nunca lucran con ninguna profesión porque la renta les succiona todo ingreso.

En su primer apartado, que se titula Alquiler, ya se logra reconocer el tono con que la investigación se desenvuelve. La escritura no es académica, aunque la rigurosidad y el método sí.

El profesor efectuó una etnografía con una experiencia de inmersión de campo que involucró vivir en los espacios de sus sujetos de estudio: casas rodantes sin agua ni calefacción, vecindarios considerados guetos, parques de casas prefabricadas y edificios hacinados. En estos espacios se logra descubrir a Arleen –la madre soltera-, Scott –el enfermero que cae en las drogas, se rehabilita y vuelve a caer-, Lamar –un minusválido que intenta vivir con su discapacidad y sus deudas-, Vanetta –una madre desesperada-, así como a Sherrena y Tobin, los emprendedores de la pobreza como los llama diplomática e irónicamente Desmond.

No en pocas ocasiones la metodología de observación de campo a profundidad le involucró cuestionamientos éticos personales como si debía o no guardar silencio ante un arrendador que busca desalojar a sus inquilinos por ser negros, cuando él se reconocía como un blanco con privilegios. O hasta dónde escuchar a los arrendatarios que lo veían más como un psicólogo que como un investigador.

Aunque tampoco faltaron los que lo increparon por ser un “agente” enviado por los dueños de casa para que les informe si tenían a más personas viviendo en sus espacios o por ser un miembro oculto de la policía que buscaba alejarlos de sus hijos por hacerlos vivir en condiciones que reconocían como infráhumanas.

A pesar de que el tono es cercano, tanto que debe enfatizar que se trata de un libro real y no de ficción, su texto no deja de presentar continuas referencias bibliográficas y estudios que demuestran cómo el pasado judicial, el género, el estado civil y la raza juegan en contra de

quien renta un espacio. Una desventaja que no solo se evidencia ante los arrendatarios civiles, sino ante las instancias gubernamentales que no impiden que la situación se incremente.

El Estudio de la Vivienda en EE.UU. demuestra que en 1993 más de 900.000 casas se alquilaban en Milwaukee a pesar de sus graves problemas estructurales. Más de una década después pasaron a ser 1'200.000 y siguen rentándose a más de 600 dólares por mes, a pesar de sus deficiencias y la desmejora de las condiciones de vida de quienes residen en ellas. A estos últimos, como muestra el libro de Desmond, les suelen quedar \$2,19 por día para sacar adelante a su familia.

La justicia y la bondad saltan por la ventana en estos casos y ni los dueños ni los tribunales consideran estos aspectos para favorecer a quienes buscan mantener un techo sobre sus cabezas. El discurso de quienes se reconocen con poder vertebría esa relación vertical para que el pobre se mantenga en lo más bajo de la línea, mientras el derecho y la ley se restringen a una interpretación que no se desliga de lo económicamente favorable.

Así los dueños de casa pertenecen a una red de inversores que involucra la explotación, pero continúa siendo legal. Ellos esquivan pasar por las calles de las propias casas que poseen y no habitan, porque les significa el peligro inminente mientras conducen su Audi con un compañero sentimental que es cómplice orgulloso de su delito no tipificado.

Tal como se evidencia a lo largo de la investigación, es posible entender que los propietarios poseen una guía no escrita de trabajo. Siempre rentarle a quien teme reclamar por sus derechos, sentirse limpio es un lujo así es que se cobra más por una casa con tuberías y agua, todo pobre cede su dignidad y la salud de sus hijos a cambio de un techo - y hay que aprovecharlo -, quien tiene cómo pagar el siguiente mes se fijará en los detalles y revisará su posible hogar. A quien se le deberá poner

una orden de desalojo no le importará rentar un sitio con una barra de *striptease* en medio de la sala, paredes llenas de pornografía y un cuarto con una cama pequeña y juegos infantiles... porque toda casa cuenta su propia historia.

Frente a este panorama el investigador de la Universidad de Harvard hace un intento por mostrar las pequeñas gratificaciones que aparecen en medio del camino y que también permiten entender la pobreza. Tener cable no es un lujo, enfatiza el autor, es tener imágenes que te obligan a no pensar en cómo llegarás a fin de mes; el bono ganado en el trabajo sirve para una pizza o para una cena con pavo, porque la comida equivale a la alegría. Las celebraciones hay que seleccionarlas: es mejor festejar un cumpleaños por todo lo alto porque es individual, a una Navidad que solo recuerda familiarmente el inexistente dinero destinable para las compras.

El pobre, aun sin techo, tiene un pasado y acostumbra a salvarlo tras cada desalojo. Diplomas, cartas de recomendación sin validez y fotos familiares son el recordatorio de lo que fueron o buscan ser.

La configuración de ese desahucio es el hilo conductor de la segunda parte del texto. Se titula “A la calle” y resume la batalla de preguntarse a dónde se irá a parar la siguiente noche y de cómo la sobrevivencia le gana el partido a la compasión.

Este último aspecto es visible cuando los arrendatarios reconocen que prefieren ser testigos de un femicidio que evitarlo. Cualquier presencia policial en espacios que pertenecen a quienes lucran con la pobreza es leída como una afrenta a su poder.

La sección entera evidencia cómo las circunstancias los envuelven en una lucha del pobre contra el pobre. Desmond (2017, p. 240) escribe: “los desahucios eran algo merecido, se entendían como el resultado del fracaso individual” y quienes lo llevaron a escribirlo fueron las propias personas explotadas.

La indignación colectiva no existe y todo desalojo se ve con normalidad. La ausencia de la “cultura de oposición”, como la denomina el sociólogo, se vuelve un punto a favor de los dueños de las casas. Saben que nadie estará dispuesto a reclamar contra un desalojo que reconozcan como inapropiado.

Ante la inexistencia de una negativa actúan las suposiciones de los propios afectados. Deciden justificar la expulsión de alguien que apenas puede pagar la renta. Se asume que consume drogas, bebe demasiado alcohol o mantiene cualquier otro vicio que le impide priorizar un techo sobre su cabeza.

Si bien el investigador evidencia cómo sí hay casos en que esas hipótesis se cumplen, también están los que se encuentran en el desempleo con tres hijos pequeños a cuestas o los que carecen de apoyo tras optar por desaparecer de la vida de sus familiares. Su situación es tan deplorable económicamente que les avergüenza.

El bochorno es expresado y analizado por Desmond como una característica recurrente en quienes viven en estas circunstancias. Ellos mismos no se identifican con los oprimidos y de ahí el que no opten por ayudarse.

Si evidencian un mínimo sentido de pertenencia o de comprensión de su situación, implicaría que podrían llegar a “echar raíces” en esos espacios a los que no invitan al resto de su familia porque entonces verían lo que son. El no identificarse les hace imaginar un futuro en el que no rentarán esos lugares y se sentirán normales y dignos de una visita ajena.

El aislamiento a la larga también se impone. La sociabilidad puede concatenarse con un desahucio. Según las leyes estadounidenses si una persona ocasiona conflictos vecinales, el castigado puede ser el arrendador y mientras en los barrios blancos se sanciona a una persona

entre cada 41 propiedades rentadas, en los sectores donde habitan negros se sanciona a un dueño de cada 16 propiedades.

El desahucio se convierte así en un factor de control que sobrepasa la estructura de una casa. Condiciona la colectividad, la sociabilidad y la estabilidad de un individuo que no es dueño de un lugar aunque lo pague mensualmente.

En la tercera parte titulada “Después”, se muestra cómo hay factores que al expresarse externamente también tienen una ligación psicológica. Por ejemplo, personas más presionadas por factores económicos sí pueden evidenciar respuestas más violentas ante determinadas situaciones.

Pero Desmond hace un llamado a no tomarlo como una forma de estigmatizar al pobre, sino a la necesidad de entender que

las ideas sobre la violencia en las comunidades pobres que no tienen en cuenta la asfixia que supone la pobreza, la pesada carga emocional y cognitiva que acompaña a una vida con graves carencias materiales, no son capaces de aproximarse a la experiencia vital de personas como Arleen y Crystal (2017, p. 280).

De ahí el que como investigador haya optado por narrar su trabajo casi como un relato o una historia de vida de sus protagonistas. Incluso hace referencias a Óscar Lewis quien con su libro “Los hijos de la familia Sánchez” (1955) aún es un referente porque logra ejemplificar posiciones sociales y las dinámicas que implican para cada persona que debe enfrentarlas.

No es posible decir que cada pobre en Milwaukee experimenta las carencias de la misma forma, pero sí es posible decir, tras la lectura del libro, que no se puede considerar a los necesitados como un conglomerado con las mismas características numéricas ni emocionales. No son un colectivo realmente categorizable en un solo programa de

asistencia; sus particularidades vuelven más complicadas las acciones de restitución de sus derechos.

El epílogo es el aterrizaje final. Lleva al lector a sentir aliento o desolación tras conocer el desenlace de algunos de los sujetos investigados: sin un espacio al cual llamar hogar no hay futuro posible.

Se lleva también a ver una realidad sobre Estados Unidos: la tierra de las oportunidades, es también la tierra del desamparo. La nación soberana que desaloja sin reparo a niños y niñas y los junta con drogadictos porque sin dinero no tienen derecho a un techo. Y así convierten a infantes en adultos.

Desahuciadas lleva a entender que la inestabilidad no es inherente a la pobreza, sino que es una de las formas de forzar a una persona a mantenerse en la penuria. Se le impone saltar de un sitio a otro, a pensar constantemente que no tendrá dónde dormir para que su miseria no sea solo económica, sino mental y emocional.

Matthew Desmond no lo demuestra de forma etérea, sino real. Entiende que la búsqueda de la felicidad está de manera innegable ligada al encuentro de la estabilidad material en una casa.

BIBLIOGRAFÍA

DESMOND, Matthew. **Desahuciadas.** Pobreza y lucro en la ciudad del siglo XXI. Madrid: Capitán Swing Libros, 2017.